

el sitio elegido para ser marco de aquella junta en la cumbre de las deidades. Y, la verdad, la ciudad tiene la grandiosidad requerida. Su calzada central que remata en la pirámide de la Luna (al fondo, un monte es su eco) y a lo largo de esa calzada, llamada de los Muertos, se alza la más clásica arquitectura mexicana enseñoreada por la pirámide del Sol cuyas superficies en talud huyen hacia los cielos. En Teotihuacán sentimos, en su mayor esplendor, ese curioso orden mexicano que combina espacios abiertos y sólidos, pesadísimos volúmenes de piedra. Aquí llega a la sublimidad y al clasicismo este «juego sabio y magnífico de los volúmenes bajo la luz» que según Le Corbusier, venía a definir la arquitectura.

Teotihuacán, ciudad que es abandonada misteriosamente en torno al año mil de esta era, fue la santa ciudad de Quetzalcóatl. Este dios importantísimo es una especie de Cristo y Buda, Apolo y Prometeo del mundo mexicano. Su nombre significa «serpiente emplumada», es decir, la materia redimida por el espíritu o, si se quiere, armoniosa y dinámica integración de cuerpo serpentino y ave aérea. En su honor, Teotihuacán levantó una de las más hermosas pirámides mexicanas cubierta con una decoración marina y máscaras sapientísimas en su diseño de Quetzalcóatl y de Tláloc, el dios de la lluvia. Lo extraño es que esta pirámide fué cubierta después, según el uso mexicano, y hubo de ser desenterrada para que pudiéramos admirarla.

Y es que los mexicanos construían una estructura sobre otra, formando capas geológicas de la creación, sedimentos del tiempo de los dioses. México florece sobre los restos de otro México y al lado, por ejemplo, de la colonia, Catedral de México está una gran tumba abierta que muestra los restos negros y magníficos de una pirámide muerta, trufada de joyas y cerámicas. Los centros ceremoniales se construyen sobre otro anterior (hablamos de Monte Albán III o de Monte Albán IV) sin ningún escrúpulo por preservar lo pasado. Somos, dirían los franceses, «une civilisation en profondeur.»

Y frente a la clásica, aérea Teotihuacán, las ciudades del viejo mundo maya son, definitivamente, el barroco, la pirámide maya se cubre con tropicales tallas de piedra y el adoratorio que la culmina se estiliza como un penacho fantástico. El resultado me parece, no se por qué, oriental y lujoso. En Palenque, Uxmal y en cien sitios más, tanto en México como en Guatemala y Honduras, la arquitectura maya alcanza un voluptuoso y misterioso esplendor; ciudades de un imperio de refinamientos mandarinales que son cubiertas por una selva inexorable que las abraza y cubre con una vegetación lúbrica.

La cultura o más bien las culturas mexicanas, ya que México es en realidad un subcontinente como la India, encuentran su gran época durante el

primer milenio de nuestra era. Viene luego un tiempo convulso de invasiones y decadencias. En México se vive una lucha eterna entre los agricultores civilizados y los nómadas bárbaros y será, curiosamente, una tribu de salvaje vigor, muy tardía en la historia, la que se convierta en el pueblo elegido. Los aztecas o mexicas llegan al centro del país muchos siglos después del apogeo y muerte de Teotihuacán. Llegan a tierras que ya habían sido pobladas desde hacía más de un milenio, pero los aztecas se ganan, con su fiereza, un *piéd à terre*, una plataforma para desde allí conquistar el mundo. Y en 1325 de la era cristiana, se funda una ciudad demencial en un islote en el centro de un lago: México-Tenochtitlán. Ciudad flotante sobre huertos cuya tierra cubren balsas de carrizo y que se van anclando sobre las aguas del lago. Una especie de Venecia del Nuevo Mundo, con calles de canales y con mercados a los que acuden mil embarcaciones. Como Venecia, alcanza un acuático y decantado esplendor y como Venecia, está siempre al borde de la muerte por agua. México-Tenochtitlán tiene, recordemos, un corazón de piedra y sobre él, se asienta una gran plaza con grandes templos blancos, pavorosos monumentos en los que se enhebran miles de cráneos y un palacio para el emperador-sacerdote que tiene lujos dignos del Gran Khan. Lujos de maderas, de aromas, de jardines. México-Tenochtitlán es una ciudad imperial y militarista. Los aztecas son una maquinaria bélica en eterno movimiento y expansión, en una guerra santa cuyo objetivo es capturar prisioneros que se sacrificarán a los ávidos dioses de la Plaza Mayor, en aquellas pirámides blancas y soberbias. Y es que los aztecas tienen la santa misión de alimentar a los dioses con la carne aún palpitante de corazones humanos que se elevan al sol como un terrible cáliz.

Esta guerra santa deja a los aztecas el beneficio lateral de un imperio y de una gran riqueza (todos los imperios se hacen, finalmente, con el aval de los dioses o de algún alto principio) que lleva a México-Tenochtitlán a convertirse en una vasta metrópoli en escasos doscientos años. La arquitectura azteca carece de la sabiduría casi budista de la de Teotihuacán o del refinamiento chino de la maya, pero en cambio, es poderosa y terrible. Poco, es cierto, queda de ella, pero los testimonios escultóricos como esa diosa Coatlicue que hoy nos avasalla en el Museo de Antropología de México, tiene todo el poder y el terror que inspiran los dioses verdaderos. Hay algo de un esencial expresionismo en el arte azteca, un siniestro fulgor, un temblor ante los misterios del mundo.

México-Tenochtitlán tuvo, todos lo sabemos, un trágico fin. Un héroe insólito, natural de Extremadura, estudiante de leyes y latines, muy dado a hembras, resentido social y apasionado de la fama, sale un día de Cuba en clandestina expedición comercial hacia un México todavía desconocido.

Una mujer, de genio también ella, le da, en el lecho, la clave de la conquista: el odio que los pueblos sienten por los aztecas puede ser el principio de una gran guerra de liberación. Y Cortés, que es quizá más grande político que guerrero, organiza las fuerzas que acabarían con el imperio y la ciudad en el lago.

La conquista, entre tantas cosas, es también un momento de supremo asombro turístico. Y aquellos españoles caen seducidos por el encanto «oriental» de México-Tenochtitlán. Bernal Díaz del Castillo, testigo veraz y clásico relator en su hermoso castellano del siglo XVI, nos deja una encantadora instantánea de viaje: «Tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gentes que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente non la habían visto...»

El «compás» y «concierto», términos musicales que Bernal utiliza para describir el espectáculo de la ciudad nos sugieren un México-Tenochtitlán que es cruza exótica de Bizancio y de Venecia. Sus templos recuerdan las mezquitas agarenas y el palacio de Moctezuma es el de un magnate oriental como aquella *pleasure dome* que soñó Coleridge. La ciudad, condenada a muerte, se presenta a los conquistadores en la ebriedad de una danza exótica. Por duras razones políticas y militares, México-Tenochtitlán, tomada a través de un fantástico sitio naval (Cortés improvisa una armada, ésta, sí invencible, en el alto Valle de México, a dos mil metros sobre el nivel del mar) es arrasada en 1521 como lo había sido Jerusalén por los romanos. La ciudad santa, que había sido el soberbio sitio de «los cimientos del cielo» queda como un cadáver que flota destrozado, sobre las aguas del lago. Pero también por razones políticas, Hernán Cortés decide reedificar la capital sobre las ruinas aztecas. El sentido común de alarifes y urbanistas se opone a la decisión del capitán pero éste, muy a lo varón, se impone y «La Muy Noble y Leal Ciudad de México», capital del reino que se conocerá como el de la Nueva España, se construye utilizando las piedras sobrevivientes de México-Tenochtitlán.

Durante los recientes festejos, conmemoraciones y polémicas del Quinto Centenario del descubrimiento o encuentro del Nuevo Mundo, revivió en México la vieja herida de la conquista. Y es que, medio milenio después, no terminamos de reponernos de aquella gran derrota. Cortés sigue siendo, para nosotros, el villano innombrable, el que nos venció, el violador de nuestra madre mitológica, creando con su abrazo lúbrico una nueva raza ambigua a la que muy incómodamente pertenecemos. A mí, Don Hernán,